

MANUEL GÓMEZ ANUARBE

ARISTÓTELES
CON AURICULARES

MACEDONIA
ALEJANDRÍA
ÉFESO
CHIPRE
TÍVOLI



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE HISTORIA, N°9 —
MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MANUEL GÓMEZ ANUARBE

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Edición ortoestilística: ADOLFO CARRASCO

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Primera edición: Junio 2021

I.S.B.N: 978-84-123537-8-5

Depósito legal: M-17161-2021

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A Bárbara,
compañera de viajes desde nuestros tiempos de pupitre.*

Í N D I C E

PRÓLOGO	pág.	9
MACEDONIA	pág.	17
ALEJANDRÍA	pág.	45
ÉFESO	pág.	75
CHIPRE	pág.	99
TÍVOLI	pág.	127
BIBLIOGRAFÍA	pág.	169

P R Ó L O G O

¿Aristóteles con auriculares? Pensé en llamarlo *Helenismo disperso en tiempos de Internet* o incluso algo más actual, como *Helenismo en tiempos del internet de las cosas*, aunque dudo que estos dos últimos sean lo suficientemente atractivos para los jóvenes de hoy en día. Influidor por el éxito de *Matar a Platón*, creí que *Aristóteles con auriculares* sonaría mejor. Sí, ya lo sé, es un título demasiado publicitario pero quería llamar tu atención a pesar de que no tengas ningún interés ni en Aristóteles ni en el helenismo. Pero ¡quién sabe! Con auriculares o sin ellos puede que algo de lo que cuento aquí te interese.

Te ha tocado vivir un momento de la historia muy diferente a los anteriores pero tienes la misma necesidad de conocimiento. Perteneces, aunque no lo hayas elegido, al movimiento revolucionario ciberespacial de la inteligencia artificial, la computación cuántica, el 5G, las transformaciones genéticas y las guerras bacteriológicas. Todo eso que suena tan de actualidad pero que crea una gran inseguridad en el mundo y atenta contra tus derechos, sobre todo, contra tu libertad. Si este sistema cibernético falla, es atacado o es eliminado de pronto, toda tu civilización se detendría. Y lo más inquietante es que no habrá posibilidad de volver hacia atrás. El descubrimiento de las cuevas de Altamira en 1868 podría parecerle al futuro una ironía macabra si la tecnología actual nos acaba obligando a huir de nuevo hacia las cavernas. La mejor prueba de nuestra inestabilidad es el reciente confinamiento mundial a causa de un peligroso virus que ha puesto a prueba la fortaleza física y, sobre

todo, mental de la población, poco acostumbrada a cuestionar la razón de su existencia.

La cultura en la que vives es cada vez más claustrofóbica, más solitaria y a cada paso se hará más difícil ni siquiera entrever un lugar diferente o un modo de vida distinto. Los virus, el internet de las cosas y lo que pueda seguir, acabará convirtiendo el planeta en una prisión, sin posibilidad de huida. La normalización de poder relacionar las cosas de manera global puede permitir que los diferentes sistemas políticos, económicos y financieros que comparten el control del mundo, puedan también intercambiarse información, sin que realmente nada sea radicalmente cambiado en ninguna parte. La cultura en que vivimos se parece cada vez más a un juego de niños que comparten sus juguetes para tener la sensación de un presente continuo, donde los juguetes somos nosotros. Como se dice en el antiquísimo poema legendario Gilgamesh: «...la vida que tanto anhelas no la vas a encontrar jamás. Cuando los dioses crearon al hombre, al hombre le asignaron la muerte, la vida eterna se la reservaron para sí mismos».

Así es el mundo en que te ha tocado vivir, donde el impulso de la tecnología parece imparable. La realidad virtual es un hecho que se va extendiendo con tanta rapidez que apenas serás consciente de lo que te está sucediendo por ignorar casi todo sobre tu entorno. Parece que el mundo objetivo y real no está en ninguna parte del espacio o del tiempo. Fuera de nosotros solo existe el mundo de los fenómenos el cual es simplemente aparente, algo así como un sueño, esta cualidad nos invita a representarlo como sabemos o podemos. Como decía el primer manifiesto surrealista de André Breton: «Lo admirable de lo fantástico es que lo fantástico desaparece: solo queda lo real».

Es posible que el progreso tecnológico pueda ser una bendición para las personas preparadas, pero es una maldición para todos

aquellos que no lo están. En cualquiera de los lados en el que te encuentres, te vendrá muy bien un momento de calma y reflexión. El desarrollo de la civilización y el progreso incesante de las técnicas no han logrado extirpar totalmente de la mente humana la esperanza de resolver el enigma del mundo y de desviar en provecho propio las fuerzas que lo gobiernan. Esa esperanza se halla grabada en la memoria humana desde la prehistoria. Como dice Nietzsche: «Solo lo que no cesa de doler permanece en la memoria».

No hace muchos años se hablaba continuamente de progreso, una palabra con la que se pretendía englobarlo todo: la economía, la ciencia, la tecnología, la cultura, la política y hasta la religión. Se pensaba, además, que el progreso se desarrollaba de forma exponencial y, aunque no se decía, se deducía que nuestra felicidad iba en paralelo con el progreso de la economía y de la ciencia. Cuanto más aumentara el producto nacional bruto de un país más felices serían sus habitantes. La palabra progreso tenía tanto éxito que hasta las calles o los cines llevaban ese nombre. Me temo que las cosas no han ido como se esperaba y por eso me gustaría que recapitaras sobre el nuevo «progreso revolucionario» de la tecnología.

Tengo la impresión de que el verdadero progreso tiene que englobar todas las formas de pensamiento, incluyendo las de nuestros antepasados, en un desarrollo histórico sin saltos al vacío. Por eso te invito a volver la mirada al pasado, allí donde siempre hemos regresado para inspirarnos, a los clásicos griegos, aunque no sea más que en forma de un recorrido por las tierras del helenismo disperso, lo que puede darle sentido a esta enigmática frase de Rimbaud: «Los filósofos (dirán): El mundo no tiene edad. La humanidad se desplaza, simplemente».

Hace mucho tiempo, antes de que tú nacieras, el triunfo del pensamiento naturalista de J. J. Rousseau, el empirismo de J. Locke y la

desaparición de los dioses con la Revolución francesa, pusieron el énfasis en los objetivos prácticos de la educación y no en la comprensión de la naturaleza humana. Sus consecuencias han dado lugar a la situación en la que te encuentras. Por eso necesitas, necesitamos, un horizonte, una esperanza que precisa de acciones concretas, como esta que te propongo de regreso a los clásicos, de revisar el helenismo.

La racionalización progresiva del pensamiento actual, desde el mal llamado Siglo de las Luces hasta Internet, sigue ocultando su completa ignorancia del sustrato mágico-religioso de la realidad, que ha servido de base al pensamiento de la humanidad durante siglos. «Cuando mueren los dioses, nacen los fantasmas», dijo el gran poeta Novalis. Las obras de arte de los clásicos puede actuar como punto de referencia ante la subjetividad en la que vive el hombre actual, abierta por todas partes al «monstruoso universo» del que habla Shakespeare, es decir, a la fuerza de lo sagrado.

Ante la perplejidad que produce la física cuántica y el caos que nos rodea, algunas personas, a pesar de sentirse impotentes, sienten la necesidad de «cambiarlo todo», de «hacer la revolución», pues como sabemos no hay un hombre que no haya deseado, al menos un día, ser mago para poder lograr todos sus deseos. Por la física cuántica sabemos que si un científico diseña un experimento para observar los electrones como ondas, estos se comportarán como ondas; pero si lo diseña para verlos como partículas, se comportarán como partículas. Esto significa que nosotros, como sujetos, influimos en los objetos que observamos. Los átomos de cualquier objeto en determinadas circunstancias se encuentran en todos los estados posibles simultáneamente y el acto de observarlos les obliga a pasar a uno de esos estados y manifestarse en ellos. La magia, que creíamos esfumada, ha vuelto a hacer su aparición.

El sometimiento de la sociedad a una forma de vida técnica se entiende como una conspiración con el fin de inflar de importancia a unas innovaciones que no tienen contacto alguno con el pensamiento filosófico ni con los verdaderos problemas *interiores* de la vida. Nunca la confusión de los valores, el ahogo de los reflejos, la educación antipoética han estado tan presentes. ¡Cuán vacío es el acopio de información en comparación con el acto de comprender!

Puedo entender que hasta encuentres atractivo poder tratar a todo y a todos como cosa, como objeto, incluso a tu cuerpo y a ti mismo, pero me temo que ese camino sea siempre el mismo y no conduzca a ninguna parte. «Cuando el niño era niño no sabía que era niño», dice un poema de P. Handke. Tampoco los adolescentes saben que son adolescentes. Por eso, Virgilio y otros muchos autores avisan de que recoger flores que nacen en el campo comporta un gran riesgo para ellos cuando juegan en el prado. Ellos, como las plantas nuevas, se abren a la vida, pero una sierpe mortal se esconde en la hierba.

Pero tú ya no eres adolescente. Tienes la suerte de ser joven y, por lo tanto, ser un aristócrata de la sociedad que regirá el futuro, si sabes aprovechar la fuerza y la belleza de tu edad. Por eso me siento obligado a ayudarte para que trates de evitar los errores que casi todos cometemos y me permito sugerirte que no te limites a esperar. La espera parece ser la principal ocupación de los perros, una ocupación aprendida, tal vez, de los humanos, quienes siempre están pendientes del último acontecimiento, la siguiente llegada, la muerte, en fin. ¡Qué aburrido es detenerse, poner fin! ¿No será mejor navegar más allá de occidente, donde se bañan todos los astros al amanecer, hasta morir?

Comprendo que sea extremadamente difícil que encuentres un momento de calma en unos tiempos en que la demanda de tu disponibilidad es constante y ha impuesto un cerrojo sobre todo lo que

ignoras y que puede interesarte. Con los tapones en tus oídos todo lo que te rodea se muestra como un espectáculo teatral sin otro texto que el movimiento de las personas o sus miradas ensimismadas.

Por eso, antes de que sea demasiado tarde, me gustaría que te atrevieras a hacer una pausa en el camino para mirar hacia otra realidad, tan quimérica como en la que vives, pero que probablemente te aporte algo de claridad en el conocimiento de ti mismo y el sosiego de la felicidad. Piensa que a lo largo de la historia siempre han surgido nuevos terrores y, aunque algunos desaparezcan, nunca surge una felicidad nueva; la felicidad es siempre la de antes, la de siempre. Solo cambian las maneras de luchar por conseguir la felicidad o en palabras de Chateaubriand: «Todo ha cambiado en Bretaña, excepto las olas que cambian siempre».

Ignoro qué hechos o circunstancias se produjeron en la Grecia continental y en sus islas para que contagiaron a los países limítrofes cambiando su forma de pensar y la manera de enfrentarse a la vida, ya desde hace más o menos veintiséis siglos. El hecho es que unos sabios cambiaron, a lo largo de varios siglos, la cultura del mundo, basándose en el principio de conocerse a uno mismo, antes de tratar de explicar en qué consiste el universo y la manera de relacionarnos con él.

El pensamiento filosófico de Platón y de su discípulo Aristóteles estaba enraizado en la vida de los ciudadanos de las polis y creó un sistema educativo para el propio conocimiento. A este sistema se añadirían las enseñanzas de dos escuelas que establecían las pautas para conseguir la felicidad y que tuvieron mucho éxito: la desarrollada por Epicuro y la del estoicismo de Zenón.

Mientras Epicuro proponía la serenidad del ánimo, libre de pasiones y de dolores para conseguirla, lo que conduciría a una armonía de

las ciudades; la filosofía de Zenón concuerda más con la globalización actual porque se basaba en la idea de que el universo era una gran ciudad que se regía por una ley suprema y el objetivo del hombre cosmopolita consistía en conocer sus leyes y regular, en consecuencia, su comportamiento. A la mente humana le correspondía estar unida al espíritu del universo, no tanto al cuerpo y, nada en absoluto, a las circunstancias externas. Deber y libertad formaban así una armonía perfecta, donde la amistad, el ejercicio del cuerpo y el culto a la belleza eran de importancia vital. El pensamiento estoico podría ser clave, por lo tanto, para lograr el bienestar en un mundo cambiante como el actual. Como cuenta Platón: «La gente de ese tiempo (antiguo) se contentaba en su simplicidad con oír un árbol o una piedra».

Una mirada atenta, y desprovista de nostalgia a la Antigüedad puede ofrecerte los ejemplos de sabiduría y dignidad con los que se ha construido nuestra historia, nuestro pensamiento y nuestra cultura. Cuanto más nos alejamos del acto de la creación del mundo y de su interpretación, este se vuelve más confuso. Una manera de impedirlo es aprender de sus prototipos. Los mitos del helenismo constituyen el mayor logro de la ficción universal y continúan siendo válidos como arquetipos de nuestras vidas. Fueron esos mismos mitos los que inspiraron a Freud, Jung y a tantos otros psicólogos en el proceso de conocimiento de uno mismo.

Como dijo Aristóteles: «Reconocimiento es el paso de la ignorancia al conocimiento», y este paso es más eficaz cuando coincide con un revés de la fortuna. Como puede no ser tu caso, de momento, necesitarás de una narración para darle sentido al mundo. La narración que te propongo es un viaje por el arte.

Aprovecho que llevas tapones en los oídos para hacer que escuches una voz callada desde tu interior. No me importa que tu mirada

se extravíe con lo que acontece a tu alrededor porque lo que voy a contarte te va a animar a mirar hacia adentro, obligándote, eso espero, a poner un poco de orden en el caos en que se encuentra tu mente, en ese torbellino constante de ideas, sentimientos o recuerdos que tú no puedes controlar.

Como no soy un erudito y no quiero aburrirte con datos, que para eso ya están algunos catedráticos de la universidad, me he limitado a contarte mi propia experiencia en un viaje de iniciación por algunas ciudades de la Antigüedad. He elegido cinco de ellas, un poco al azar, que pueden darte una idea de lo que trato de decirte. Siempre he pensado que la importancia de las cosas es la que cada uno de nosotros quiera darle.

«Tengo algo que decirte, un asunto que contarte: palabras de madera, susurros de la piedra, conversaciones del cielo con la tierra, del abismo con las estrellas», decía un poema épico de Ugarit, de hace nada menos que treinta y cinco siglos. Así que colócate los auriculares si así lo deseas. Mientras te paseas, vas en el metro o escuches más música, viaja conmigo por Macedonia, Alejandría, Éfeso, Chipre y Tívoli. Descubre cómo resolvieron sus habitantes los grandes enigmas de la muerte, el conocimiento, la naturaleza, la sexualidad, la guerra o la libertad. Confío en que no te canses y «empecemos a cantar por las Musas del Helicón», como dijo Hesíodo.

MACEDONIA



Voy a hablarte de la Hélade. Te explico. La Hélade era el nombre con el que los antiguos griegos identificaban la región en que vivían, estaba situada a los pies del monte Olimpo que era considerado la morada de sus dioses. Hoy en día, la palabra Hélade se suele aplicar a todo lo que tenga que ver con Grecia.

¿Y por qué te quiero hablar de Grecia? Porque Grecia es todo lo que tú eres sin saberlo. La cultura griega, lo que pensaron y crearon los griegos de la Antigüedad está todavía vigente en nuestras vidas y es, ni más ni menos, lo que sostiene el gran edificio de la cultura occidental, es decir, la tuya. Por eso quiero que me acompañes en este viaje iniciático por alguna de sus ciudades. Sócrates, Platón y Aristóteles, cada uno a su manera, defendieron un tiempo libre de ocupaciones materiales que permitiera a los ciudadanos de estas ciudades el desarrollo del pensamiento, la reflexión y la contemplación.

Grecia no solo fue el territorio que unía Europa con Oriente, en cuyo centro se encontraba esa montaña sagrada, ni lo fue tampoco Atenas o Esparta, cuyos nombres te sonarán, ni ese conjunto de islas donde la gente va de vacaciones, sino que su poder e influencia se fue extendiendo por todo el Mediterráneo, hasta llegar a esos territorios que llamamos Oriente, esa palabra misteriosa y vacía de contenido por su infinitud.

Empezaré por el final, que es como el principio: la muerte, por la concepción que tenían los griegos de la muerte. Cuando eres joven la muerte se ve lejana pero debes tener presente que puede suceder en cualquier momento. Toda filosofía tiene una buena sentencia para



Frontón del Templo de Zeus.
Museo de Olimpia

cada cosa y, para la muerte, dispone de una colección completa. Cuando nosotros *somos*, la muerte no *es*, y cuando la muerte *es*, nosotros *ya no somos*. «Aprendiendo a morir se aprende a vivir mejor», dijo Platón.

En la Grecia clásica, la belleza, la verdad y bondad eran equivalentes y complementarias. Se practicaba deporte en las palestras y se indagaba en las profundidades del alma, lo que constituía la bondad del ser. No deja de ser paradójico que en el mundo en el que te ha tocado vivir se haya generalizado el culto a la fealdad, no se distinga la verdad de la falsedad y,

como consecuencia, impere la maldad.

Para los griegos, el Hades era la morada de los muertos, donde estaba el reino paradisíaco de los Campos Elíseos, al que llegaban los héroes virtuosos, mientras que en el Tártaro estaban atrapados los monstruos y titanes. Según el mito, Hades, dios del inframundo, raptó a Perséfone, diosa de la agricultura, y como consecuencia, la vida quedó paralizada en la tierra hasta que este dios la permitió

regresar a ella con la condición de comerse unas semillas de granada que la obligarían a volver al Hades un mes al año por cada semilla. Durante los meses de ausencia, la tierra se volvía estéril, una metáfora de las dos caras del enigma de la vida y la muerte basado en el cambio de las estaciones del año, como si «la noche diera dos vueltas sin pasar por el día».

Los muertos eran incinerados y enterrados junto con su ajuar fuera de las murallas de las ciudades, a la vez que se hacían sacrificios y libaciones en su honor, asociados a banquetes fúnebres. Se guardaba luto durante treinta días y en diferentes festivales se les rendía culto. Los tracios lloraban y organizaban festejos cuando nacía un niño y se regocijaban cuando un hombre dejaba el mundo. Contrariamente a lo que sucede hoy en día, donde la muerte parece invisible, se integraba al muerto en la sociedad y en la memoria colectiva del grupo.

Antes de que «se te partan las rodillas», como dijo Homero, refiriéndose a la muerte que diluía los músculos e impedía caminar a los héroes, acompáñame por Macedonia, donde el culto a la muerte tuvo tanta importancia.

Macedonia, que se encuentra en la parte norte de Grecia, hace muchísimo tiempo e incluso actualmente, era una región muy poco conocida, con elevados montes cubiertos de bosques y atravesados por ríos que moderan sus precipitadas corrientes al llegar a la gran llanura que se extiende hasta llegar a Tesalónica, el puerto del mar Egeo. Mar que separa a esta región de Turquía. No debes confundirla con el país del mismo nombre, situado más al norte. Estaba habitada por recios y robustos griegos, de costumbres distintas a los del resto del país. Estos hombres del Norte, vestidos con pieles, que no eran dignos de ser considerados parte de las civilizadas polis acabaron



Alejandro Magno.
British Museum

modificando lo que hoy llamamos Grecia y difundiendo su cultura por todo el mundo conocido entonces. En Macedonia se encontraba el lugar inalcanzable donde la Grecia arcaica situaba de manera imprecisa el jardín del legendario rey Midas, el que convertía en oro todo lo que tocaba.

Macedonia, para que no se te olvide, fue la patria de Alejandro Magno. Al sur se encuentra el monte Olimpo, donde vivían sus numerosos dioses, tantos como los desarrollados por la ciencia hoy en día, en los que tú crees y a los que rindes adoración, sin apenas percartarte.



Filipo II de Macedonia.
Museo de Vergina

El reino de Macedonia empezó a consolidarse nada menos que cinco siglos antes de Cristo, pero su apogeo llegó un siglo más tarde con el padre de Alejandro, Filipo II. Padre e hijo nacieron en Pella, la capital, situada sobre una colina que dominaba unos terrenos pantanosos, al norte de Egea, la antigua capital. El palacio se había convertido en un gran centro cultural desde el tiempo de sus antepasados. Había sido pintado por el famoso Apeles y decorado por Zeuxis, igualmente famoso, con mosaicos diseñados con guijarros de colores delimita-

dos con tiras de plomo o cerámica, donde Timoteo de Mileto declamaba sus poemas y el gran Eurípides estrenó sus obras hasta que la ciudad fue saqueada por los romanos en el 168 a. C., en lo que se llamó la Tercera guerra macedónica y a la que siguió un seísmo que provocó su declive.

A pesar del poder de Filipo II, quien llegó a conquistar la mayor parte de la Grecia continental, su nombre ha pasado a la historia por ser el padre de Alejandro Magno, conocido y admirado en todo el mundo. Fue él, Filipo, el que preparó al ejército, lo que impulsó el *gimnasio*, no con mercenarios sino con los súbditos de las familias importantes del reino, disciplinados y competentes, a la vez que aprendices de pajes de la corte y amantes ocasionales, que formaban su guardia personal como soldados elegidos. Creó una falange con los hombres más robustos para el combate frontal, desarrolló una buena maquinaria de guerra para sitiar las ciudades del enemigo que sería aprovechada por su hijo después para conquistar Persia, cuyas ciudades serían pobladas con colonos griegos y macedonios.

Filipo II se había casado siete veces, la tercera con la princesa epirota Olimpíade, la madre de Alejandro. Su corte funcionaba como un harén, casi como el de la corte persa, donde convivían esposas, favoritas y amantes a su servicio, lo que no dejaba de escandalizar a los atenienses. Según cuenta el historiador Teopompo de Quíos, muchos de los compañeros del rey iban sin barba a pesar de ser adultos, mientras que otros tenían la osadía de fornicar con animales o entre sí aunque ya tuvieran barba. Con razón cualquiera hubiera dicho que no eran los compañeros del rey sino los compañeros de lecho de un rey tuerto de enigmático atractivo.

La muerte de Filipo II se produjo durante la boda de su hija con un príncipe que era a la vez su tío. Filipo ya se había divorciado de